

El mar

La melodía que perpetra el gitano en la tarde turbia de calor y bochorno es, por supuesto, mecánica, grabada, pero la sustancia de la música no es mecánica, quiero decir la impresión sentimental que te suministra, una impresión cuando menos rara, porque tratándose de un ritmo ligero, activo y más bien trepidante (creo que un paso-doble al órgano), volcado en el polvo, bajo la todavía furibunda luz del sol, aquí, fabricada junto a los sauces del arroyo (canalizado) y la terraza atiborrada del merendero con pinos, entre adelfas suburbiales y viandantes flojos —salvo los niños y las muchachas, que son los únicos que se salvan—, debería de aportar un sentimiento alegre, poco, incluso dudoso, lo admito. Pero no es así. La cantinela desatada y menestril lo que consigue es ponerlo a uno en el disparadero de la mayor de las melancolías. No se explica.

Quizá contribuya la facha del gitano viejo. Y la cabra, que es también vieja, entre blanca y marrón. No, no creo que la hayan pintado a brocha. El gitano viejo lleva mostacho, sombrero arrugado, camisa blanca abrochada hasta el cuello, chaqueta oscura raída y una trompeta oxidada, y la sopla al desgaire, según le apetece y según funcionen los banales progresos de la cabra en la ejecución de su número, que consiste en trepar y quedarse inmóvil con las patas juntas encima de un poyete estrecho.

Pues bien, cuando el gitano intercala las notas de su trompeta en el sostenido alienato del órgano mecánico, ya se ve, chapuza pura, algo pasa, algún trastorno corre por los chopos sin gota de aire, por las mesas sobrecargadas de botellas, por los cien jubilados que juegan a los naipes y a la petanca, por las mujeres preñadas que se balancean en un amago de fatiga y autoglorificación, por las parejas que casi fornican en la hierba conforme ésta descende hacia el estanque cenagoso y, en batiburrillo general, por entre perros, niños, bastones, abanicos, cucuruchos de helados, bolsas de pipas, chupetes, llantinas, risotadas, gritos, calor, humaredas y cielo de azufre con helicópteros que van y vienen rozando los edificios como si estuviéramos en guerra.

Ese algo no se sabe qué es, al menos no se sabe bien, quiero decir que no se sabe con precisión de contable, que es lo mío (y para contabilidad y números ya tengo bastante con las ocho horas diarias, da casi vergüenza, sobre todo a mí mismo y

a mis posibilidades), pero desde luego participa de un refilón como de ordinario estancada, y otro refilón de ternura, y otro de hastío, y más cosas.

En la mesa de al lado una familia a pleno, matrimonio, hijos, novias, suegros, festeja a su modo el solsticio de verano y pide al camarero patatas a la brava, boquerones en vinagre, tortilla, calamares y aceitunas. Envidiables estómagos de hierro. Pasa un corredor en camiseta blanca, pantalones rojos, barba y gafas, pálido como un cristal. De pronto, cual conjura, todos los calvos y barrigones salen en pantalones cortos exhibiendo sus robustas y peludas extremidades. Veo mujeres solas de edad indescifrable con su abanico y el monedero bien apretado. Un piar de pájaros llega a hacerse ominoso. La música expeditiva y el clamor de la pajarería incitan a salir corriendo nada menos que durante quinientos kilómetros seguidos e irrumpir con el viento sur de cara en una playa blanca y azul con mujeres negras de sol y salitre. Discurre una pareja de guardias municipales a caballo. «Sí, señor, un poco de vigilancia, que no se veía un guardia por aquí desde la democracia», rezonga el camarero. «Eso no quita para que haya más guardias que nunca», le responden.

A las ocho de la tarde es que las casas del suburbio mesetario se han puesto al rojo vivo y todos sus habitantes, como un pueblo bíblico pero a punto de morderse, inician el éxodo hacia el parque. Viejos envarados y vacilantes mirando al infinito sin ver trastean en los surcos dejados por las mangueras de riego o las últimas lluvias. Una voz con evidente acento regional murmura: «Osú, Dios mío, qué triste es la vejez, me cago en la leche». Así lo dice. Un grupo de moreras lloronas desparrama su fruto de púrpura oscura que se apelmaza en la tierra polvorienta al ser pisoteado por la chiquillería. «¿Qué va a ser?» «Cerveza». «¿Algo más?» «No, nada. Bueno, un paquete de Ducados».

Un personaje infeliz y terrible, a quien no conocen estas familias y que tenía una neurosis de caballo (justificada), Drieu la Rochelle, fue y dijo que las barriadas eran «el fin del mundo». También hay una novela que se llama *El faro del fin del mundo*. La trompeta y el órgano mecánico de los gitanos («Dios te lo pague, bonica») suenan ya más lejos, en otro sector de la luz que se va velando y es áurea, con lo que el manto invisible, misterioso y carnal de la contenida fiebre evasiva marina se materializa en una finta de juventud deshecha que pudiera ser vivida desde la sabiduría de la madurez, ese absurdo total posible. O imposible, ¿qué más da? Se piensa y es posible. No se vive y es imposible. A la edad desconocida de la materia no se le puede robar ni un minuto. Pero la conciencia es otra cosa. Una locura. Todo lo que sea conciencia, alma, espíritu, memoria es un desbarajuste impune y sin remedio que gime en una libertad de bolsillo vuelto al revés, como el castigo de los dioses que ella misma ha tenido la necesidad de inventarse. O como yo, un contable que escribe poemas rimados durante los abúlicos fines de semana.

Las barriadas son el fin del mundo. Como un insulto. Yo estoy ahora en una de esas barriadas matando el tiempo de calor. No casualmente, sino porque es consustancial a mi economía y situación cotidiana. Nunca me han inspirado nada. La inspi-

ración está siempre allá, más allá. Tampoco estoy demasiado de acuerdo con Drieu la Rochelle, que aquí nadie tiene la obligación de conocer, estaría bueno. La barriada lo mismo es el fin del mundo que el único punto que sirve de referencia al mundo. Y sin duda lo que quería decir Drieu la Rochelle es que una barriada es el fin del mundo siempre que el principio del mundo sea el centro urbano (o el mar) y el centro urbano le sea consustancial al individuo.

Bien, basta ya de erudiciones contables. El caso es que yo estoy tomando una cerveza en el fin del mundo, y me gusta mucho también la reminiscencia de la novela de aventuras para jóvenes antiguos, acaso porque significa todo lo contrario, que el fin del mundo es el principio, lo más de a diario e inmediato, y por ser el principio —hay que entenderlo así, ya dije lo del alma impune— concita toda la posible profundidad del deseo marino, aquí, en este parque de la gran barriada periférica, plebeyote, con exceso de población, estrepitoso, pero que por lo menos tiene masas de adelfas de varios colores, una hilera de altos chopos vibrátiles (si hubiera chispa de aire), una andanada de bares con terrazas (libre de coches, eso es importante) y hasta anuncios luminosos en rojo con nombres preciosos de heladerías italianas. Hay también un arroyo escalonado en el centro que separa a los tullidos de la gente guapa, y pistas de juego, tiiovivo y un horrendo auditorio con siniestras pintadas donde siempre viene a parar el político electoralista de turno a proclamar su marrullería necesaria y se celebran algunos de los festejos programados por la generosidad sospechosa del municipio, festejos que son una coña urbano-rural distraída entre el desmayo del atardecer, el chorizo a la brasa, el sudor y los tanques de cerveza. Luego están los obreros convertidos, los del subsidio de paro, la población inmigrante y la insospechada cohorte de viejos que emerge en la benignidad hostil del asfixiante calor como un desfile de cangrejos leprosos. Por último, los gamberros hideputas que destrozan el césped, se fuman la hierba, rompen las papeleras en momentos de emoción o violan a alguna mujer despistada.

Supongo que ya estamos de acuerdo, cuántas veces voy a tener que decirlo (a mí mismo), en que el hombre, aunque no sea la medida de todas las cosas (esta es una exageración sutil en la que cayó el filósofo más influyente de todos los tiempos con un solo aforismo), se ve obligado a comportarse como si realmente fuera la medida de todas las cosas.

Si esto es así, también estaremos de acuerdo en que hay individuos capaces de arrastrar el centro del mundo a donde ellos vayan, y hay otros que hagan lo que hagan, estén donde estén, vayan o vengán, siempre arrastrarán consigo un talante de fin del mundo. Esto casi equivale a no estar nunca en ninguna parte, equivale a no ser, a ser tanto que nunca se es nada, como le pasó a aquel desdichado pintor francés perdido en las nieblas londinenses que dijo eso tan sumamente enfermizo e irreal, otra vez, cuántas veces voy a tener que repetírmelo, dijo: «Haga lo que haga, siempre me habría gustado hacer otra cosa». Extraño que no se entienda a estas alturas que el drama de la civilización se contiene en dos aforismos. De todas formas,

el filósofo y el pintor sembraron en mí una discordia infinita, bah, y lástima que, como la contabilidad y los números, no sea buena materia lírica capaz de inspirarme. Porque uno tiene sus exigencias.

Hay cerca un matrimonio que no ha cambiado una sola palabra en media hora. Y por el puentecillo de tablas discurre un ya conocido vagabundo de cierto buen porte satánico con su inmensa pelambreira negra, un grueso abrigo, el pie gangrenado y una botella de vino. El otro día le pegó una patada a un perrito que empezó a olisquearle el pie. Y cualquier día amanecerá muerto en un banco o matará a un viejo para robarle veinte duros. Esto no se puede prever.

La frase del pintor es para recitarla en la acedia nerviosa de las tardes de bochorno con calima y barruntos de tormenta cuando en la asfixia de los endeble tabiques agredidos por los motores y la televisión se inicia arrastrando los pies la peregrinación del parque. A veces huele a basura y hojas secas quemadas y otras el viento ardiente trae el olor de la lluvia efímera que ha caído en algún lugar de Castilla. La peregrinación al parque es un rito doméstico y cansino que se recuerda de un año para otro, repetido, incoloro, perfectamente reversible por su monotonía. Deja ver la inanidad del tiempo, la majestad vacía de los ciclos. Semeja de alguna manera, con base en la mezquindad del ámbito, la rodadura de los astros y el armonioso sin-sentido del universo entero. Lástima.

Sin embargo, en el aburrimiento de los matrimonios silenciosos, en los personajes estafalarios, en el polvo dorado con eventuales nubes de mosquitos, en el bullicioso trajín de las terrazas bajo los plátanos de Indias, en el olor afrodisíaco del aligustre del Japón, en el claroscuro crepuscular con barras de neón y trenes suburbanos batallando a lo lejos tras las subestaciones eléctricas y en el jugueteo de los perros hay un trasunto relajado que me sabe a gasoil, a taller, a jeringuillas sucias y a túneles, a viajes mal tolerados («...yo soy la que le limpia la caca a tu padre», dice finalmente en tono de blando reproche la mujer del matrimonio callado) por la desesperación fatalista de las distancias urbanas, a cloro de piscina municipal, vino manchego adulterado, corteza de cerdo frita, especias, aceite de colza, vinagre, palomitas de maíz, retahílas de clanes familiares, desidias burocráticas, asociación vecinal, pollos asados, y puede que aún se agite la sonrisa triste ya para todo el año de los políticos en los carteles desgarrados de la última campaña electoral, ahora que se eleva el pálido cuerno creciente de una esmirriada luna industrial por encima de los edificios de ladrillo rojo y las macetas de geranios en los balcones con mujeres gordas y chillonas que seguro que no llevan ni bragas.

Al fin empiezo a comprender algo sencillo y sin posible refutación, o sea, que yo aguanto la cerveza del fin del mundo sólo porque estoy a la espera tensa del oleaje y la luna limpia y llena sobre el mar y las mujeres dulcemente despatarradas y cachondas. El ansia del mar se incrusta con más fuerza que nunca en este pobre fin del mundo, que es el único centro posible. Y mi teoría o mi descubrimiento siguiente reconozco que puede resultar desaborido por no decir muy cabrón. Ni yo mismo lo creo.

Y es que cuando yo salga ciego de mi periferia, que es el fin del mundo, cuando yo me inserte en la vertiginosa raya verde y azul del viaje liberador absorbiendo campos llameantes, pardos caseríos, viñedos maduros, olivares cenicientos y montañas de jara y cantueso camino de la luna llena sobre el mar con algas y farolillos rojos y de mujeres hermosas desnudas y risueñas, cuando yo salga de mi suburbio y de mi parque abominable y plebeyo, ya no podré salir, está claro que ya no podré volver a salir, y entonces habré gastado, como si dijéramos, toda la esperanza del mundo.

Cuando se sale ya no se puede salir. ¿Hace falta repetirlo? La cerveza del fin del mundo, con la playa festoneada de espuma atlántica y el prodigioso biscuit de las vacaciones intacto, es la cerveza más cochambrosa y profunda del mundo. Es la única. Esto ya se sabe desde Confucio. Pero es como si tal cosa y la sabiduría verdadera nunca ha retenido a nadie. Por eso el fin siempre es el principio y el principio es el fin. Está claro. Lástima que no haya materia ni para un triste verso bonito y con sus rimas bien puestas.

Eduardo Tijeras





Rainer María Rilke